

Amaba a la Iglesia

Celebramos hoy la misa en honor de San Josemaría, coincidiendo, porque así lo determinó el Papa Juan Pablo II siguiendo una antigua tradición en la Iglesia, con el **dies natalis**, es decir, el día de su entrada en la casa del Cielo.

Es evidente que hay un gran interés por parte de los últimos papas en promover a los altares santos recientes, próximos en el tiempo, para ofrecer a los cristianos modelos de santidad actuales, cercanos a sus condiciones de vida.

Sin duda para muchos de nosotros es lo que nos sucede con San Josemaría. Hay muchos aspectos de su vida de santidad que nos lo hacen muy próximo: un santo que ha viajado en coche, en tren y en avión, que ha convivido con los teléfonos, el cine, la radio, la televisión y la prensa, que se ha movido por la ciudad en tranvía... Un santo de nuestro tiempo que nos habla del camino de la santidad en nuestro tiempo.

Hoy, por las circunstancias que hemos vivido en los últimos meses, con la renuncia de Benedicto XVI, el conclave y la elección del Papa Francisco, y toda la revolución mediática que esto ha significado, me quiero fijar en ese aspecto que llama la atención en la vida de San Josemaría, como es su amor por la Iglesia.

San Josemaría era un enamorado de la Iglesia. Don Alvaro del Portillo, que convivió tantos años con él, lo escribía así en el prólogo de un libro titulado *El Opus Dei en la Iglesia*:

Cualquiera que haya conocido, aunque fuera ocasionalmente, al Beato Josemaría, podrá testificar su vibración al hablar de la Esposa de Cristo y la fuerza con que hacía suyo todo lo que, de un modo o de otro, dijera relación a la Iglesia. Durante los cuarenta años que viví a su lado, puede comprobar día a día que esta santa Madre nuestra constituía, para el Fundador del Opus Dei, uno de sus grandes Amores, por tratarse de la familia de la que se sabía parte y a la que dedicaba heroicamente todas sus energías cotidianas. (El Opus Dei en la Iglesia)

Sabemos que este amor vibraba en su corazón desde que era muy joven, y ya en el libro de *Camino* quedaba expresado en algunos puntos tan claros como por ejemplo este:

Camino 518 ¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!

Quería el Opus Dei para que estuviera única y exclusivamente al servicio de la Iglesia. D. Alvaro, en aquel mismo prólogo del que he hablado antes, contaba cómo en dos ocasiones había sentido la tentación en forma de insinuación interior, de que al hacer la Obra le faltaba rectitud, que no era para servir a la Iglesia sino a otros fines, y como había reaccionado:

(Un día de 1930) hacía oración en un templo madrileño, y durante aquel intenso diálogo con el Señor, sobrevino a su espíritu una gran zozobra, en la que todos sus esfuerzos encaminados a dar vida al Opus Dei se le presentaron como sujetos a la duda, como posible fruto de un engaño que podía traducirse en un engaño a los demás. En ese momento, hizo un rendido acto de fe, y, dirigiéndose a Dios, le dijo: Señor, si la Obra no es para servir a la Iglesia, destrúyela. La razón de su modo de actuar aparece clara: la Iglesia era el todo de su existencia, porque -así lo sintió y vivió siempre- la Iglesia es el Cuerpo de Cristo: Cristo mismo presente entre los hombres, como le gustaba considerar (El Opus Dei en la Iglesia, Prólogo)

A San Josemaría el tocó vivir intensamente el tiempo del Concilio Vaticano II y los años posteriores, tan duros para la Iglesia. Y sufrió mucho ante las situaciones tan duras que iba conociendo: seminarios y casas de los religiosos que se vaciaban, escasez de vocaciones, defecciones de personas que se habían entregado a Dios para siempre, enorme confusión doctrinal que afectaba seriamente a la fe de los fieles...

Le dolía, sufría, los que convivían con él nos han contado que a veces lloraba, y actuaba en la medida de sus posibilidades. Rezaba y hacía rezar, escribía, y se lanzó a los caminos; recorrió miles de km para llegar a muchas personas. De esos viajes hay unas filmaciones estupendas en las que se comprueba muy bien esa preocupación por la Iglesia y por las almas...

En ese amor a la Iglesia destaca de una manera especial el cariño que manifestaba al Papa y como ayudaba a quienes le escuchaban a amar más y mejor al Romano Pontífice: pedía por el Papa, fuera el que fuera, oración y sacrificios, porque el Papa es el Dulce Cristo in Terra y entre todos tenemos que ayudarle a llevar el peso de la Iglesia. Y nos deja escrito en Forja:

Forja 135 Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa.

Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre.

Pidámosle que nos ayude a crecer en ese amor a la Iglesia y al Papa. Lo podemos hacer con la oración de la estampa, que tan bien expresa esos rasgos de la vida espiritual de San Josemaría. En ella le pedimos a Dios: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte y de servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas...